

EDGAR ALLAN POE

CUENTOS DE TERROR



Ilustrado por Laura Pérez

AUSTRAL
ILUSTRADOS

EDGAR ALLAN POE

CUENTOS DE TERROR

Traducción
Gabriela Bustelo

Ilustraciones
Laura Pérez





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© de la traducción, Gabriela Bustelo

De los cuentos «Manuscrito hallado en una botella», «La caída de la Casa Usher», «El hombre de la multitud», «Los crímenes de la calle Morgue», «El retrato oval», «El pozo y el péndulo», «El gato negro», «El entierro prematuro», «La carta robada», «El sistema del doctor Tarr y el profesor Fether» y «El tonel de amontillado»:

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

De los cuentos «Berenice», «Ligeia», «William Wilson», «La máscara de la muerte roja» y «El corazón delator»:

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustraciones del interior y de la cubierta: © Laura Pérez

Primera edición en Austral: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 18.417-2025

ISBN: 978-84-670-7947-0

Impreso en España

ÍNDICE

Manuscrito hallado en una botella	9
Berenice	23
Ligeia	35
La caída de la Casa Usher	55
William Wilson	77
El hombre de la multitud	101
Los crímenes de la calle Morgue	113
El retrato oval	153
La máscara de la muerte roja	159
El pozo y el péndulo	167
El corazón delator	187
El gato negro	195
El entierro prematuro	207
La carta robada	225
El sistema del doctor Tarr y el profesor Fether	247
El tonel de amontillado	269

MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA

*Qui n'a plus qu'un moment à vivre
N'a plus rien à dissimuler¹.*

QUINAULT, *Atys*

De mi país y de mi familia tengo poco que decir. Los agravios y el paso de los años me sacaron del uno y me distanciaron de la otra. Un bienestar heredado me permitió recibir una educación por encima de lo corriente y gracias a la disposición contemplativa de mi espíritu pude ordenar metódicamente los conocimientos que me había ido granjeando diligentemente con mis tempranos estudios. Ante todo, las obras de los moralistas alemanes me proporcionaban un enorme placer, no por mi desacertada admiración de su elocuente locura, sino por la facilidad con que mis rígidos hábitos mentales me permitían descubrir sus falsedades. A menudo se me ha reprochado la aridez de mi ingenio; la falta de imaginación se me ha imputado cual si de un crimen se tratara; y el pirronismo de mis opiniones siempre me ha dado cierta notoriedad. De hecho, temo que una marcada preferencia por la filosofía física me haya imbuido el cerebro de un error muy común hoy en día; me refiero a la costumbre de referir todo hecho, hasta el

¹ Quien tiene poca vida por delante, no tiene ya nada que disimular. (*N. de la T.*)

menos susceptible de tal referencia, a los principios de dicha ciencia. En conjunto, nadie es más propenso que yo a apartarse de los severos límites de la verdad, arrastrado por los *ignes fatui* de la superstición. Me ha parecido apropiado sentar esta premisa no fuera a ser que el increíble relato que he de contar se considere el desvarío de una imaginación jactanciosa y no la experiencia real de una mente para la cual los ensueños de la imaginación son una letra muerta y una nulidad.

Tras varios años pasados en viajes por el extranjero, zarpé en el año 18— del puerto de Batavia, capital de la rica y poblada isla de Java, en ruta al archipiélago de las islas de la Sonda. Viajaba como pasajero, sin otro impulso que una especie de agitación nerviosa que me asediaba como un demonio.

Nuestra embarcación era un hermoso navío de unas cuatrocientas toneladas de peso, remachado en cobre y construido en Bombay con teca de Malabar. Llevaba una carga de algodón en rama y aceite de las islas Laquedivas. También teníamos a bordo bonote, melaza, aceite de manteca, cocos y varias cajas de opio. La estiba se había hecho con torpeza y, en consecuencia, el navío escoraba.

Emprendimos el viaje con apenas un soplo de viento y permanecimos muchos días pegados a la costa oriental de Java, sin otro incidente con que burlar la monotonía de nuestro rumbo más que el ocasional encuentro con alguno de los pequeños *grabs*² del archipiélago al que nos dirigíamos.

Una tarde, mientras me hallaba apoyado en el coronamiento, observé hacia el noroeste una nube aislada de aspecto verdaderamente singular. Era notable tanto por su color como por ser la primera que veíamos desde nuestra partida de Batavia. La contemplé atentamente hasta la puesta del sol, cuando se expandió de golpe hacia el este y el oeste, ciñendo el horizonte con una estrecha franja de vapor que parecía la larga línea de una playa llana. Pronto llamó mi atención el tono rojo

² Nave oriental con dos o tres mástiles y velamen cuadrado. (*N. de la T.*)

oscuro de la luna y el extraño aspecto del mar. El agua estaba sufriendo una rápida transformación y parecía más transparente que de costumbre. Aunque veía claramente el fondo, al lanzar la sonda descubrí que había quince brazas. El aire se había puesto insoportablemente bochornoso y exhalaba unas espirales semejantes a las que surgen del hierro candente. Al caer la noche cesó el más mínimo soplo de viento y habría sido imposible concebir una calma más absoluta. La llama de una bujía situada en la popa brillaba sin el menor movimiento aparente; y al sostener un largo cabello entre el índice y el pulgar resultaba imposible detectar una vibración. Sin embargo, como el capitán dijera no percibir señal alguna de peligro y dado que íbamos a la deriva hacia la costa, ordenó arriar las velas y echar el ancla. No se designó ningún vigía y la tripulación, formada en su mayoría por malayos, se tendió imperturbable a descansar sobre el puente. Yo fui bajo cubierta con el hondo presentimiento de una desgracia inminente. De hecho, todas las apariencias me hacían temer un tifón. Hablé al capitán de mis temores, pero no prestó atención a mis palabras y se marchó sin dignarse a contestarme. Mi inquietud, sin embargo, no me dejaba dormir, y hacia medianoche subí a cubierta. Al poner el pie en el último peldaño de la escalera de cámara, me sorprendió un fuerte susurro, como el zumbido de una rueda de molino al girar de prisa y, antes de poder averiguar su significado, noté que el barco vibraba entero. Al instante una vorágine de espuma nos escoró sobre las cabezas de los baos, y, pasándonos por encima de popa a proa, bañó la cubierta desde el mascarón hasta la bovedilla.

La descomunal fuerza del embate fue, en gran medida, la salvación del barco. Aun completamente anegado, gracias a haber perdido los mástiles surgió lentamente del mar tras unos minutos y, bamboleándose brevemente bajo la tremenda presión de la tempestad, acabó por enderezarse.

Sería imposible decir qué milagro me libró de la destrucción. Aturdido por la sacudida del agua, me hallé, al recuperarme, encajado entre el codaste y el timón. Levantándome

con mucha dificultad y oteando mareado a mi alrededor, pensé en un primer momento que debíamos estar entre rompientes, tan terrible y verdaderamente insospechado era el remolino de mar henchido y espumoso en que nos hallábamos inmersos. Poco después oí la voz de un viejo sueco que había embarcado con nosotros en el momento de zarpar del puerto. Lo llamé con todas mis fuerzas y al poco llegó a popa tambaleándose. Pronto descubrimos que éramos los únicos supervivientes de la catástrofe. Todos los que iban en cubierta habían caído por la borda; el capitán y los oficiales debían de haber perecido mientras dormían, pues los camarotes estaban colmados de agua. Sin ayuda, poco podíamos hacer para intentar salvar el barco, y nuestro ánimo se vio en un principio paralizado por la pronta expectativa de naufragar. El cable del ancla, por supuesto, se había partido como un cordel al primer soplo del huracán, o habríamos sido arrollados al instante. Surcábamos la mar a una velocidad espantosa y las olas rompían sobre nuestras cabezas. El armazón de popa estaba muy deshecho y en casi todos los flancos habíamos recibido un daño considerable, pero con enorme alegría descubrimos que las bombas no estaban atascadas y que el lastre apenas parecía haberse movido. La primera furia del embate ya había pasado y el viento parecía presagiar poco peligro, pero nos aterraba que pudiera cesar por completo, convencidos de que, en nuestro lastimoso estado, habíamos de morir inevitablemente a merced del tremendo oleaje que vendría después. Pero esta aprensión del todo justificada no parecía en absoluto pronta a cumplirse. Durante cinco días y cinco noches en que nuestro único medio de subsistencia fue una pequeña cantidad de melaza obtenida con dificultad del castillo de proa, aquel armatoste volaba a una velocidad que desafiaba toda medida, empujado por prontas rachas de viento que, sin igualar la primera violencia del tifón, eran sin embargo más terribles que cualquier tempestad que hubiera visto antes. Con pequeñas variaciones, durante los primeros cuatro días nuestro rumbo fue de sudsudoeste y debimos de ir paralelos a la costa de Nueva Holanda.

Al quinto día el frío llegó a ser enorme, aunque el viento se había mudado un punto más al norte. Salió el sol con un brillo pálido y enfermizo, rebasando en muy pocos grados el horizonte, sin emitir una luz decidida. No había nubes a la vista, pero el viento iba en aumento, soplando a ráfagas con un ímpetu feroz. Sobre el mediodía —según nuestros cálculos—, el aspecto del sol nos llamó de nuevo la atención. No daba luz propiamente dicha, sino un resplandor apagado y mortecino, como si tuviera todos los rayos polarizados. Poco antes de hundirse tras el turgente mar, su fuego central se apagó súbitamente, como apagado por algún poder inexplicable. Quedó tan sólo un filo tenue y plateado, nada más, al sumirse en el océano insondable.

Esperamos en vano la llegada del sexto día; para mí ese día no ha llegado, y para el sueco no llegó jamás. A partir de ese momento nos vimos rodeados de una oscuridad negra como la pez, sin ver nada a más de veinte pasos del barco. La noche eterna nos siguió cubriendo, ni siquiera mitigada por ese brillo fosfórico que siempre habíamos visto en las aguas de los trópicos. Observamos también que, si bien la tempestad bramaba sin amainar en su furia, ya no se veían esos penachos de espuma que nos habían acompañado hasta entonces. A nuestro alrededor todo era horror, oscuridad impenetrable y un sobrecogedor desierto de ébano negro. Un pavor supersticioso se había ido adueñando del viejo sueco y mi propia alma había caído presa de un silencioso espanto. Abandonamos por completo el cuidado del barco, por parecernos inservible, y, tras amarrarnos como mejor pudimos al palo de mesana, contemplamos amargamente un mundo de océano. No teníamos manera de calcular el tiempo, ni podíamos hacernos una idea de dónde estábamos. Sin embargo, estábamos bien seguros de haber navegado hacia el sur más que cualquier navegante anterior y estábamos asombrados de no habernos encontrado con los habituales obstáculos de hielo. Entre tanto, cada instante amenazaba con ser el último de nuestra vida, cada montaña de mar parecía acercarse veloz a destruirnos. El oleaje sobrepas-

saba todo lo que yo había creído posible y es un milagro que no nos fuéramos a pique al instante. Mi compañero me habló del poco peso de nuestra carga y me recordó las excelentes cualidades del barco, pero yo no hacía sino pensar en la crasa inutilidad de la esperanza y me resignaba con tristeza a una muerte que ya no podía retrasarse mucho más allá de una hora, pues a cada nudo que recorría nuestro barco el oleaje de aquellos formidables mares negros se hacía más espantosamente siniestro. Unas veces nos quedábamos casi sin respiración, a mayor altura que la de un albatros, y otras nos mareaba la velocidad de nuestro descenso a un infierno líquido donde el aire parecía estancado y nada turbaba el sueño del Kraken³.

Nos hallábamos en el fondo de uno de estos abismos cuando un grito tajante de mi compañero sonó desgarrador en mitad de la noche.

—¡Mire! ¡Mire! —me chilló al oído—. ¡Por Dios Todopoderoso, mire!

Conforme hablaba percibí una sombría luz roja pálida que parecía manar de los costados del gran piélago en que nos hallábamos, proyectando un resplandor irregular sobre nuestra cubierta. Alzando los ojos contemplé un espectáculo que me heló la sangre. A una tremenda altura inmediatamente encima de nuestras cabezas, y al borde mismo de aquel precipicio de agua, se cernía un gigantesco navío, de unas cuatro mil toneladas. Aunque coronaba la cresta de una ola que lo sobrepasaba más de cien veces en altura, su tamaño parecía exceder el de cualquier barco de línea o de la Compañía de las Indias Orientales. Su enorme casco era de un negro opaco y sombrío, desprovisto de todo arreo propio de un barco. Por las troneras abiertas asomaba una sola hilera de cañones de bronce cuya reluciente superficie reflejaba las llamas de los incontables faroles de abordaje que se bamboleaban entre las jarcias. Pero lo que más horror y asombro nos produjo fue ver que navegaba a toda vela por las fauces de

³ Legendario monstruo marino noruego al cual se atribuía la capacidad de crear enormes remolinos. (*N. de la T.*)

aquel mar sobrenatural y en medio de aquel huracán ingobernable. Al divisar la nave por vez primera sólo se distinguía la proa, que remontaba lentamente el tenebroso y horrible golfo de donde venía. Durante un segundo de intenso terror se detuvo sobre el vertiginoso pináculo, como contemplando su propia sublimidad; después tembló, osciló, y se precipitó.

En ese instante, no sé qué repentina serenidad se adueñó de mi espíritu. Tambaleándome hasta llegar al filo de la popa, aguardé sin temor la catástrofe que iba a destruirnos. Nuestro propio barco ya había cesado de luchar y se estaba hundiendo de proa. El golpe de la masa que se le vino encima lo alcanzó, pues, en la parte de su armazón que ya estaba medio sumergida, con el inevitable resultado de lanzarme con irresistible violencia sobre el aparejo del barco desconocido.

Conforme caí, el navío cambió de bordada, virando en redondo, y en la subsiguiente confusión debí de pasar inadvertido a la tripulación. Me abrí camino sin dificultad hasta la escotilla principal, que estaba parcialmente abierta, y pronto hallé una oportunidad de esconderme en la bodega. Por qué lo hice es algo que no sabría decir. Un vago sobrecoimiento, que se había adueñado de mi mente apenas vi a los tripulantes de aquel navío, quizá me llevara a ocultarme. No me atrevía a confiarme a unos individuos que, tras una primera mirada fugaz, me producían tanta extrañeza como dudas y aprensión. Por lo tanto, me pareció mejor hallar un escondite en la bodega. Esto lo resolví levantando unos pocos de los tablones que iban sueltos, de manera que me aseguré un buen refugio entre las enormes cuadernas del navío.

Apenas había completado mi labor cuando unos pasos en la bodega me obligaron a hacer uso del mismo. Un hombre pasó junto a mi escondite con un andar desmadejado e inestable. No le vi la cara, pero tuve la oportunidad de observar su aspecto general. Eran bien visibles las huellas de una avanzada edad y sus achaques. Le temblaban las rodillas bajo el peso de los años y su cuerpo entero se estremecía al moverse. Hablaba solo, murmurando en voz baja y entrecortada varias palabras

de un idioma que no conseguí entender, y anduvo rebuscando en un rincón entre un cúmulo de instrumentos extraños y polvorientas cartas de navegación. Su forma de comportarse era una insólita mezcla del mal humor de la segunda infancia con la solemne dignidad de un dios. Por fin volvió a subir a cubierta y no lo vi más.

Un sentimiento para el que no tengo nombre se ha adueñado de mi alma; es una impresión que no admite análisis, frente a la cual las lecciones de tiempos pasados no me sirven, y cuya clave temo que tampoco me dará el futuro. Para una mente constituida como la mía, esta última consideración es un tormento. Nunca... sé que nunca llegaré a conocer la naturaleza de estas nociones. Sin embargo, no resulta asombroso que dichas nociones sean imprecisas, al tener su origen en fuentes tan completamente nuevas. Un nuevo sentido, una nueva identidad se incorpora a mi alma.

Hace ya mucho que pisé por vez primera la cubierta de este terrible navío y creo que los haces de mi destino se están concentrando en un foco. ¡Estos hombres incomprensibles! Envueltos en meditaciones cuya especie no alcanzo a adivinar, pasan a mi lado sin reparar en mí. Ocultarme es una absoluta locura, pues estas gentes *no me ven*. Apenas acabo de pasar ante los ojos del primer oficial; no hace mucho recalé en el camarote privado del capitán y tomé de allí los útiles con que escribo esto y he escrito lo anterior. De cuando en cuando seguiré con este diario. Es cierto que quizá no consiga darlo a conocer al mundo, pero no dejaré de intentarlo. En el último momento meteré el manuscrito en una botella y lo arrojaré al mar.

Ha ocurrido un hecho que me ha dado nuevos motivos de meditación. ¿Suceden estas cosas por mediación de un azar ingobernado? Había subido a cubierta y me había tendido, sin llamar la atención de nadie, sobre unos rebenques y velas viejas amontonados en el suelo de la yola. Mientras pensaba en la

singularidad de mi destino, sin darme cuenta hice unos trazos con un pincel de brea en los bordes de una vela cangreja cuidadosamente doblada sobre un barril cercano. La vela está ahora llena y las pinceladas distraídas se despliegan formando la palabra DESCUBRIMIENTO.

En este último tiempo he observado con detenimiento la estructura del navío. Aunque bien armado, no me parece un buque de guerra. El aparejo, el armazón y los avíos contradicen una suposición semejante. Distingo claramente lo que *no* es; temo que me resulte imposible saber lo que es verdaderamente. No sé cómo, pero al estudiar su extraña conformación y peculiar hechura de mástiles, su inmenso tamaño y velamen descomunal, la sencilla severidad de la proa y lo anticuado de la popa, en ocasiones me pasa por la mente la impresión de haber visto estas cosas antes; y con esas vagas sombras del recuerdo siempre se mezcla una inexplicable evocación de antiguas crónicas extranjeras y épocas ya perdidas.

He estado mirando el maderamen del navío. Está hecho de un material que desconozco. El carácter peculiar de la madera se me antoja impropio para el uso que le han dado. Me refiero a una extrema *porosidad* que no guarda relación alguna con la condición carcomida inherente a la navegación por estos mares, ni con la podredumbre resultante de la edad. Quizá parezca una observación verdaderamente singular, pero esta madera tendría todas las características del roble español, si dicho roble se dilatara por medios antinaturales.

Al leer la frase anterior recuerdo con claridad el curioso apotegma de un viejo lobo de mar holandés. «Es tan cierto —decía siempre que alguien ponía en duda su sinceridad— como que hay un mar donde los barcos crecen como crece el cuerpo de un marinero.»

Hace cosa de una hora me he aventurado a mezclarme con un grupo de tripulantes. No me prestaron la menor atención y,

pese a estar en medio de todos ellos, parecían del todo ajenos a mi presencia. Como le sucedía al primero que había visto en la bodega, todos daban señales de tener una edad caduca y achacosa. Las rodillas les temblaban de debilidad; tenían los hombros doblados y decrépitos; la piel arrugada les tiritaba con el viento; hablaban en un hilo de voz trémula y cascada; los ojos les brillaban con el réuma de los años; y el pelo gris se les alborotaba terriblemente con la tempestad. En torno a ellos, por toda la cubierta, yacían desperdigados unos instrumentos matemáticos de la más pintoresca y obsoleta factura.

Hace algún tiempo mencionaba que habían puesto una vela cangreja. Desde ese momento el barco, arrebatado por el viento, ha continuado su funesta travesía rumbo al sur, a todo trapo, izada hasta la última vela desde el asta hasta los botalones de la vela cangreja, y hundiendo a cada instante los penoles de la verga de las gavias en el más espantoso infierno de agua que la imaginación humana pueda concebir. Acabo de abandonar la cubierta, donde no consigo mantenerme en pie, aunque la tripulación no parece experimentar inconveniente alguno. Para mí el milagro de los milagros es que nuestra enorme mole no se vea engullida de una vez por todas. Sin duda estamos condenados a mantenernos siempre al borde de la eternidad, sin precipitarnos por fin al abismo. Nos deslizamos con la facilidad de la gaviota flechada, alejándonos de olas mil veces mayores a las que yo haya visto nunca, y las colosales aguas alzan sus cabezas sobre nosotros como demonios de las profundidades, pero demonios que sólo tienen permitido amenazar, y prohibido destruir. Me veo obligado a atribuir nuestras frecuentes escabullidas a la única causa natural que puede explicar semejante efecto. Supongo que el navío está sometido a la influencia de alguna poderosa corriente, o de una impetuosa marea.

He visto al capitán cara a cara, en su propio camarote; pero, como ya esperaba, no me prestó la menor atención. Aunque

visto desde fuera no hay nada en su apariencia que le haga parecer más o menos humano, me produjo un sentimiento de incontenible respeto y temor, que se unió al asombro con que lo contemplaba. En cuanto a estatura, mide casi lo mismo que yo, es decir unos ciento setenta y dos centímetros. Tiene un cuerpo fuerte y proporcionado, sin ser robusto ni destacable por lo demás. Pero lo que predomina en su rostro es la singularidad de la expresión; la intensa, la asombrosa, la estremeceadora huella de una vejez tan absoluta, tan avanzada, es lo que suscita en mi espíritu un sentimiento inefable. La frente, aunque poco arrugada, parece llevar el sello de una miríada de años. Los cabellos grises son crónicas del pasado, y los ojos aún más grises son sibilas del futuro. El suelo del camarote estaba casi cubierto de extraños pliegos cosidos con piezas de hierro, herrumbrosos instrumentos científicos y obsoletos mapas arrinconados. El hombre tenía la cabeza apoyada en las manos, contemplando con ojos ardientes y turbados un papel que tomé por una cédula, y que, en todo caso, llevaba la firma de un monarca. Hablaba solo, como el primer marinero que había visto en la bodega, murmurando las sílabas graves y malhumoradas de un idioma extranjero, y aunque estábamos codo a codo, su voz parecía llegar a mis oídos desde un kilómetro de distancia.

El barco y cuanto contiene están imbuidos del espíritu de la Edad. Los tripulantes van y vienen, deslizándose como fantasmas de siglos sepultos; sus ojos tienen una expresión ansiosa e inquietante; y cuando sus dedos se cruzan en mi camino bajo el extraño resplandor de los faroles de abordaje, me siento como no me he sentido jamás, aunque durante toda mi vida he tratado con antigüedades y conozco hasta las sombras de las columnas caídas en Baalbek, en Tadmor y en Persépolis, tanto que mi propia alma se ha convertido en una ruina.

Al mirar en derredor, me avergüenzo de mis anteriores aprensiones. Si temblé ante la tempestad que nos ha acompa-

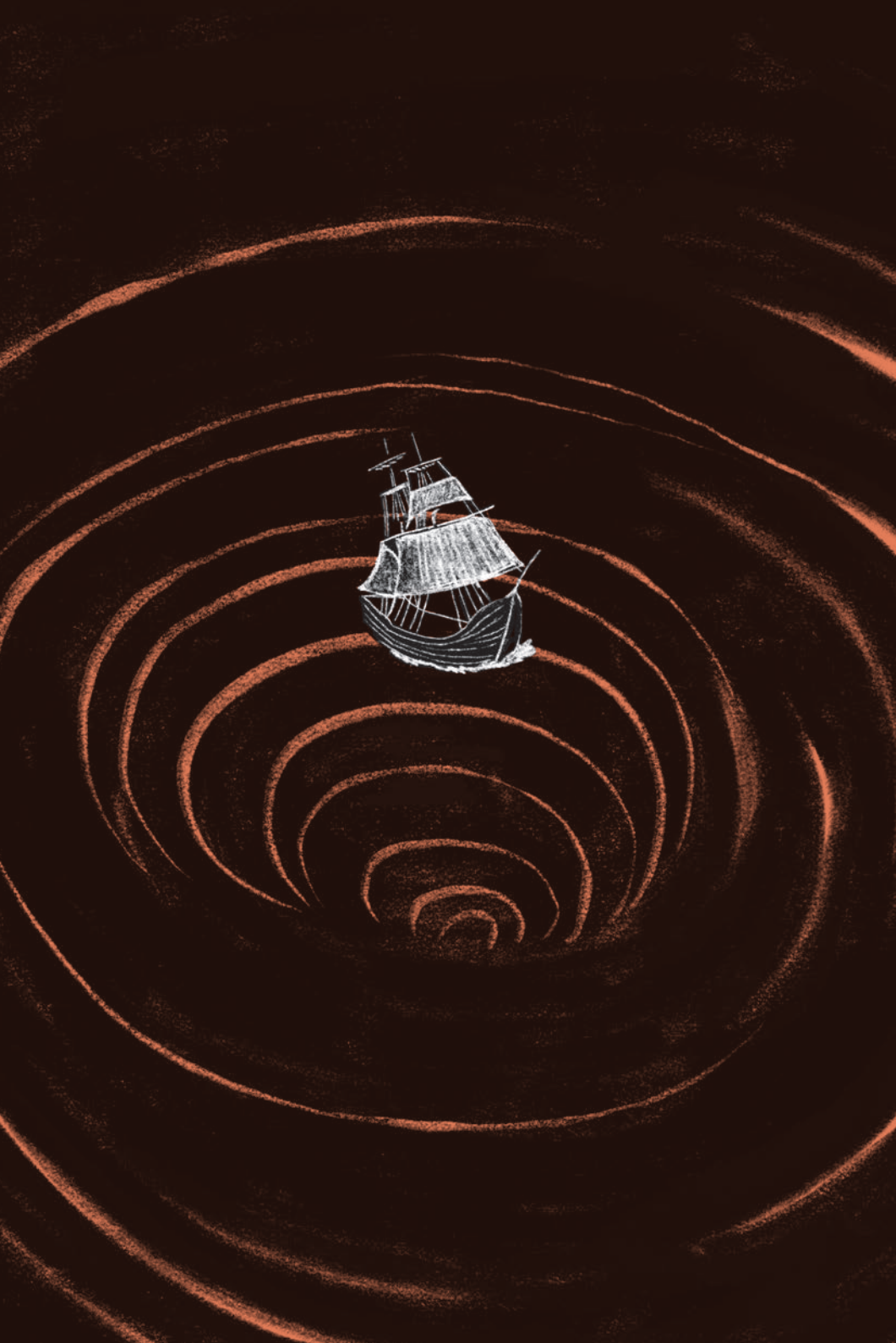
ñado hasta ahora, ¿cómo no había de estar horripilado ante esta guerra de mar y océano para cuya descripción las palabras huracán y tifón resultan triviales e inservibles? En todo el contorno inmediato del barco reina la negrura de la noche eterna y un caos de agua sin espuma, pero a cada lado de nuestro barco se ven, a una legua de distancia, borrosas e intermitentes, unas formidables murallas de hielo que se alzan hasta perderse en los cielos desolados y parecen las paredes del universo.

Como imaginaba, el barco se halla sin duda a merced de una corriente, si procede dar tal nombre a una marea que, aullando y bramando en medio del hielo blanco, sigue su atronador rumbo al sur con la velocidad de una catarata al ir a estrellarse en la rompiente.

El espanto de mis sensaciones es, supongo, completamente imposible de concebir; pero la curiosidad de penetrar en los misterios de estas horribles regiones predomina sobre mi desesperación y me reconcilia con el aspecto más atroz de la muerte. Es evidente que nos precipitamos hacia un descubrimiento apasionante, un secreto jamás revelado cuyo conocimiento entraña la destrucción. Quizá esta corriente nos lleve hacia el mismísimo Polo Sur. Debe admitirse que una suposición tan aparentemente desorbitada tiene todas las probabilidades a su favor.

La tripulación pasea por la cubierta con paso angustiado y trémulo; pero la expresión de su rostro muestra más el ansia de la esperanza que la apatía de la desesperación.

Entretanto, aún seguimos con el viento en popa, y como vamos a velas desplegadas en tropel, en ocasiones el barco se alza de cuerpo entero sobre el agua. ¡Ay, horror de horrores! El hielo se abre súbitamente a derecha y a izquierda, y estamos girando vertiginosamente, en inmensos círculos concéntricos, en torno al borde de un anfiteatro gigantesco, cuyas pa-



redes se pierden en las negras alturas. ¡Pero me queda poco tiempo para cavilar sobre mi destino! Los círculos se van empequeñeciendo aprisa... Nos precipitamos desenfrenadamente al centro del remolino... y en medio del rugir, bramar y tronar del océano y la tempestad el barco se estremece... ¡Dios mío, y... se hunde!

Nota.—El *Manuscrito hallado en una botella* se publicó por primera vez en 1831; y sería muchos años después cuando me familiaricé con los mapas de Mercator en que el océano se representa desaguando por cuatro bocas en el Golfo Polar (del Norte), siendo después absorbido por las entrañas de la tierra. El Polo en sí lo representa una roca negra, que se eleva a una altura prodigiosa. (E. A. Poe).